

Miriam se enfrenta al fin, por primera vez en su vida, a la página en blanco.

Siempre había querido ser escritora.

Trabajaba en una revista femenina desde hacía muchos años.

¿Cuántos?

Había perdido ya la cuenta.

A los veinticinco había conseguido aquel trabajo en el que había pasado los dos primeros años con un contrato de prácticas y media jornada, cuando en realidad permanecía allí encerrada más de diez horas al día.

Al principio le pagaban una miseria, pero no le importaba porque lo único que quería era trabajar.

Tampoco es que ahora cobrara mucho, pero no se arriesgaría a dejarlo por nada del mundo.

Siempre había sido muy activa, nerviosa, fumaba, se mordía las uñas y no paraba de tocarse el pelo, la cara y la ropa.

La moda era como su religión, aunque después de haber trabajado tanto tiempo para aquella revista comenzaba a odiarla.

Se diría que estaba sufriendo una crisis de fe.

Por un momento pensó en comenzar así su novela, aunque no le parecía razonable criticar lo que llevaba enalteciendo quince años.

Quizás la moda no era el problema, sino su labor, ya que lo único que hacía era ofrecer nombres de marcas y precios, como en un catálogo, para que así las lectoras pudieran saber a donde tenían que dirigirse para conseguir lo que querían.

Sin embargo incluso ella misma, después de saberse de memoria todo lo que había en el mercado, terminaba yendo a donde era más barato porque su sueldo no le permitía otra cosa.

A tener hijos ya había renunciado, y en parte se alegraba, aunque su madre no había perdido la esperanza.

Compartía piso con su hermana y la novia de su hermana.

Menos mal que no se le había ocurrido meterse en una hipoteca cuando vivía con su novio, aunque a punto habían estado.

Después de haber pasado diez años juntos, se habían dejado.

Al principio lo pasó mal, pero ya le daba igual porque los hombres le importaban más bien poco, y se había dado cuenta de que podía vivir perfectamente sin ellos.

En su novela tendría que hablar de relaciones amorosas, pero cómo empezarla.

También podría tratar del amor homosexual.

No es que ella lo conociera personalmente, pero le parecía más realista.

El ejemplo era que su hermana llevaba con su novia casi veinte años.

Le gustaría escribir algo tan impactante como Los monólogos de la vagina.

Sonreía recordando aquella vez que había publicado una entrevista de la autora, que por cierto había llegado ya escrita a la redacción.

En realidad más que redactora jefe podrían llamarme copiadora jefe, meditó.

Al menos descubrí que existía al clítoris.

Antes nunca le había dado importancia al sexo, no en vano me metieron mis padres en un colegio de monjas y mi abuelo era militar.

Volví a sonreír.

Y pensar que después de diez años juntos, cuando lo habíamos dejado, tuve por primera vez un verdadero orgasmo.

Tras varias horas sentada en el ordenador, la página continuaba en blanco.

Entonces se levanta y va a buscar al armario su juguete favorito.

Se desnuda frente al espejo y termina gimiendo de placer como cada noche.

Miriam, como siempre tras la descarga eléctrica que suponía el orgasmo, se siente bien consigo misma.

Se notaba tan a gusto y relajada que podría perfectamente irse a dormir, pero no le apetecía porque no eran ni siquiera las tres de la mañana de un sábado por la noche. La gente normalmente a esas horas estaba de copas, y ella antes solía hacerlo con sus amigos todos y cada uno de los fines de semana hasta las seis o las siete de la mañana. Sin embargo luego, cuando todos se enoviaron, la cosa se acabó.

Cuando uno se formaliza, las relaciones amistosas se vuelven secundarias, mientras que el trabajo y la pareja se convierten en la prioridad, razonaba.

Entonces se acordó de su amiga Marta.

Hacía meses que no sabía nada de ella.

La había dejado el novio y estaba deprimidísima.

En realidad ya se encontraba a tratamiento psiquiátrico antes de eso.

Recordaba que lo había conocido en el 2004, porque justo el día de los atentados, qué funesta casualidad, se había ido a vivir con ella, y antes del amancebamiento no creía que llevaran ni un par de meses juntos.

Al principio se veían a escondidas porque él estaba viviendo con otra chica y tenía un hijo, aunque juraría que el niño había nacido cuando ya convivía con ella.

La cuestión es que antes salían juntas los sábados y terminaban siempre bailando en la discoteca en la que Marcos trabajaba de camarero.

También tocaba la batería en un grupo.

La verdad es que era muy mono.

Sin duda estaba orgullosísima de él, y lo exhibía como si se tratara de un trofeo.

Se conocían desde niñas porque habían estudiado en el mismo colegio del barrio de Salamanca y estaban en la misma clase.

Su amiga era la típica niña rubita detrás de la que iban todos los niños, y ella justo lo contrario.

Su tez morena al parecer no estaba bien vista en esos ámbitos sociales ni siquiera en la infancia.

Marta era delicadísima, pero al mismo tiempo tenía su carácter.

Lo cierto es que, como toda amistad, la suya había estado fundada en la mutua admiración.

Su amiga le había confesado años más tarde, cuando ya estaban en la universidad, que lo que apreciaba en ella era su capacidad para enfrentarse a los niños y pelear con ellos.

Pero todo, y especialmente el comportamiento humano, tiene una explicación.

La abuela materna de Marta era una mujer muy dominante, luego su hija se había tenido que doblegar a ella y a continuación había hecho lo mismo con su marido.

Sin embargo su madre, como el que mandaba era el abuelo, había tenido siempre agarrada la sartén por el mango desde que era niña.

Su pobre padre había sido un hombre dominado y maltratado psicológicamente por su mujer, que lo insultaba y mangoneaba sin piedad.

Por ese motivo ella no tenía dificultad para tratar así, ya de pequeña, a los niños, como si fueran peleles.

Marta necesitaba un hombre autoritario, como su padre; aunque por suerte ya quedan pocos así, meditaba.

Marcos parecía tener mucho carácter, sin embargo creía que el hecho de depender económicamente de ella lo había ido minando moralmente.

En el fondo echaba de menos hablar con su amiga y le apetecía llamarla.

Entonces lo hace, demostrándose a sí misma la gran seguridad que posee.

Miriam vuelve a intentar escribir.

Aunque no se le ocurre nada, no pensaba irse a la cama sin haber comenzado su novela, pues estaba acostumbrada a imponerse todo como un castigo, amenazándose a sí misma con privarse de lo que fuera si no lograba su objetivo.

Lo cierto es que siempre lo cumplía, y si esa técnica hasta ahora le había dado buen resultado, no iba a fallarle tampoco esa noche.

Recordaba que cuando estudiaba bachillerato en el colegio religioso, apenas salía los fines de semana para poder estudiar más y así sacar mejores notas.

Y ahora que pensaba en las monjas, recordaba que de pequeña las veía feas, casi como engendros en lugar de mujeres normales.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, cada vez se parecía más a ellas físicamente.

Las monjas no se maquillaban jamás, y ella rara vez lo hacía.

Por una parte se pasaba el día escribiendo sobre cosméticos, aunque por otra le producían una especie de repulsión cuando trataba de echárselos.

Su piel era lo suficientemente grasa como para que ni siquiera le hiciera falta usar crema hidratante.

Tampoco le gustaba pintarse las uñas, ni los labios, ponerse maquillaje, o echarse rimel.

En su ambiente resultaba extraño, pero no podía evitarlo, aunque desconocía la razón. Su amiga Marta, sin embargo, era todo lo contrario.

Desde los doce o trece años, nunca la había visto sin maquillar, incluso cuando en verano iba a bañarse a su piscina.

En su cuarto de baño se encontraban todos y cada uno de los productos que salían en su revista, especialmente los anticelulíticos.

Aunque la pobre, por muchos tratamientos que se hacía, no perdía un gramo, sino que cada vez engordaba más.

Según ella había sido desde que el psiquiatra le había cambiado el Prozac por otro antidepressivo, pero le parecía que se trataba de una excusa.

A pesar de que nunca se lo había confesado, sabía que desde la adolescencia padecía trastornos alimentarios.

No hacía más que verla cuando salían a cenar en pandilla los fines de semana para darse cuenta que tenía que encontrarse muy mal para comer con el ansia que lo hacía. Por entonces aún estaba delgada, lo cual significaba que después de aquellos festines, nada más llegar a casa, se iba derechita a vomitar.

Gracias a Dios, ella no había tenido nunca que preocuparse por el peso, ya que su propio nerviosismo le impedía engordar.

En el fondo de su ser eso le satisfacía en gran medida porque sabía que tener un buen cuerpo estaba aún mejor valorado socialmente que ser guapa.

Las pieles delicadas, como la de Marta, a partir de los treinta se volvían ajadas y no había forma de mantenerlas tersas, como lo estaba suya.

Además, de nada le servía a su amiga que sus padres tuvieran tanto dinero, si sólo se lo podía gastar en bolsos y en zapatos carísimos, pues la ropa no le quedaba más remedio que comprársela en Zara, donde no había necesidad de abochornarse ante de las dependientas debido a las escabrosas cuestiones de la talla.

Tras haber pensado en toda esa sarta de banalidades, le dio por volver a reflexionar sobre el tema de las monjas, descubriendo cómo ella misma, al ser mucho más masculina que su amiga, se las arreglaba mucho mejor en la vida.

Por mucho que las religiosas pudieran haber sido las lesbianas del pasado, eso no le sirve para mi novela, ya que los tiempos de Santa Teresa han quedado atrás.

Miriam está a punto de encontrar el argumento de su novela.

Tenía ya en mente algunos personajes, todos femeninos, pues ése era el mundo que le rodeaba.

De repente se imaginó que todas aquellas mujeres que formaban parte de su vida: modelos, diseñadoras, maquilladoras, fotógrafas, publicistas..., estaban encerradas en un convento.

Aquella idea sonaba un poco surrealista, la verdad, pero al menos podía tratar de desarrollarla puesto que se le había ocurrido a ella, y la sentía como una especie de creación propia.

Quizás fuera cuestión de perseverancia, de darle forma como a una figura de barro, del mismo modo que el propio creador lo había hecho con Adán.

Al fin y al cabo sentía como si esas mujeres poseyeran semejanza con las monjas, tal como ella misma suponía poseer.

Todas tenían en común el idolatrar la moda y el postrarse de rodillas ante ella, obedeciéndola ciegamente.

Ahora se le ocurría que las ciudades, como en la antigüedad, se encontraban repletas de conventos llenos de féminas a rebosar, pero que los muros de piedra se habían transformado en escaparates.

Qué disparate.

Entonces se reía de ella misma y de sus ideas descabelladas.

Al instante dejaba de sonreír y su rostro adquiría la gravedad acostumbrada cuando se encontraba en el trabajo.

De nuevo volvía a soltar pequeñas risotadas imaginándose que los collares eran como los crucifijos colgando del cuello de las novicias modernas y que esos zapatos de tacón incómodísimos sustituían realmente a los cilicios.

La carcajada era aún mayor, y lo cierto es que estaba disfrutando de su imaginación como no recordaba haberlo hecho en toda su vida.

Una sonrisa pícaro de Mona Lisa se dibujaba en su rostro.

Tras la idea que acaba de cruzar como una estrella fugaz por su universo cerebral, permaneció boquiabierto.

Algo le había hecho descubrir que no era habitual ver imágenes de mujeres con rostros de aspecto tan gozoso como el de la misteriosa pintura de Leonardo da Vinci. Ese pensamiento la condujo hasta el famoso bestseller basado en la unión carnal entre Jesucristo y María Magdalena, que una mujer llamada Sofía, como la filosofía, llegaba a desvelar.

Por cierto, El ocho es uno de los libros prohibidos por el Opus Dei, se decía.

Con la expresión suspicaz de una detective trataba de desenmascarar a un sospechoso ignoto.

¿Quién demonios me habrá hecho pasar tantos años sin gozar de mi propio pensamiento?, se preguntaba ofendida y enfurecida.

Su mirada se tornaba iracunda como la de una imagen que acostumbra a ver, aunque no recordaba exactamente dónde.

Tras darle vueltas a la razón de esa furia que la invadía, recordó el logotipo de Versace.

Todo tenía una explicación y gracias simplemente a tratar de escribir una novela, había resuelto por azar una complicada ecuación.

Entonces, el Opus Dei, Aznar, la Botella, Esperanza Aguirre y toda esa tropa opusina estaban detrás de la conspiración para convertir a las jóvenes madrileñas en las mujeres castas y devotas de una nueva religión perversa.

Al fin todo cobra sentido, y ahora sabe muy bien de qué tratará su libro.

Miriam, antes de irse a dormir tras toda la noche en vela, se mira en el espejo y por primera vez en su vida nota en su rostro un asomo de satisfacción al estilo de la Gioconda.

El Mono Liso, así había titulado su novela.

El protagonista sería un psiquiatra comiendo cacahuets y haciéndose pajas entre paciente y paciente, todas ellas jovencitas depresivas.

Cada una contaría sus penas capítulo tras capítulo.

Él representaría a Dios.

Al fin y al cabo la psicología siempre le había fascinado, y había leído cuantos libros y revistas habían caído en sus manos.

Además conocía los testimonios de su amiga Marta, que cuantos más años de terapia llevaba, peor estaba.

Era como si el hecho de humillarse semana tras semana frente a un tipo barbudo la convirtiera en una víctima profesional.

Y todo gracias a un comentario de Freud diciendo que la Gioconda expresaba una preocupante masculinidad, cuando lo único que prodría resultar preocupante sería su serenidad.

Había leído numerosos comentarios crueles y humillantes sobre la modelo, incluso que se trataba del propio pintor; pero ése había sido el que más le había dolido por resultar evidentemente misógino.

Muchos afirmaban eso de Freud, y sin duda no se equivocaban.

Seguro que todas y cada una de sus disparatadas teorías lo eran, como ésa de que todos los niños estaban locamente enamorados de sus madres, como si no hubiera más personas para amar en el mundo.

Si aquello tenía sentido era porque la mayoría de las mujeres, a falta de otra cosa, se aferraban primero al matrimonio y luego al amor sus hijos varones cuando sus maridos no les hacían ni caso.

Al final todo lo que había leído sobre psicología comenzaba a resultarle útil.

En su caso estaba claro que su madre, por haberse pasado la vida encerrada en casa, había tratado de realizarse a través de sus hijas, lográndolo, cómo no.

Así, a falta de un niño, ambas resultaban, como diría Freud, preocupantemente masculinas.

Aunque ella no llegaba a parecer un camionero de camisa a cuadros como su hermana, también había trabajado duro toda su vida para compensar la insatisfacción vital de su progenitora.

La esclava de una esclava, eso es lo que somos las mujeres, esclavas del señor, de los hombres.

Por ese motivo la masculinidad se mostraba siempre serena y satisfecha como el rostro de la enigmática figura de Da Vinci.

Aquel era sin duda el código secreto que ocultaba el retrato.

Daba igual que se tratara de monjas o seglares, pues los comportamientos eran idénticos.

Ellas siempre sufriendo, mientras eso a ellos les producía un delicioso regocijo y una enorme excitación.

La humanidad era así.

Las cuestiones nacionales, políticas, sociales y religiosas, apenas importaban.

Al fin frente al espejo deja de ver una extraña, una especie de monja, y se encuentra a sí misma, una mujer inteligente y satisfecha de su propio pensamiento.

De ahí a convertirme en una gran escritora existe un corto camino que estoy dispuesta a recorrer, se dice mirándose de reojo en el espejo.

Miriam sueña con mujeres desnudas recogiendo flores y bañándose en un lago paradisíaco.

Al fin se había dado cuenta que la moda, algo que siempre le había obsesionado, ya que no era guapa y quería destacar frente a las demás, propiciaba una especie de guerra psicológica y de poder entre las mujeres.

De ahí que los anuncios de Dove siempre le hubieran inquietado.

¿Qué sería de ella sin su ropa de marca?

De hecho, para su primera entrevista de trabajo, le había pedido prestada una chaqueta de Dolce & Gabbana a una amiga para sentirse segura.

Y claro, a base de sugestión, había funcionado.

En el fondo las prendas de vestir eran armas con las cuales las mujeres se herían unas a otras en una guerra sin cuartel.

Y lo peor es que estaba perfectamente aceptado socialmente, aún a sabiendas de la frustración que causaba a aquellas que no podían permitírselo.

Y hasta a las que sí podían, pues a lo mejor la prenda carísima que se compraban luego no les sentaba tan bien como a las modelos.

Ahora comprendía los experimentos llevados a cabo con mujeres que tras la lectura de revistas femeninas, como en la que ella trabajaba, registraban bajos niveles de serotonina.

Y justamente las consecuencias de los bajos niveles de esta sustancia eran la falta de energía, de líbido, la depresión y los trastornos del sueño.

¡Qué casualidad!

Resulta que conocía a varias mujeres que sufrían esos males y coincidía que todas leían su revista.

Incluso dormida, pensándolo de modo inconsciente, se le ponían los pelos de punta.

Lo cierto es que los hombres hacían lo mismo con los vehículos a motor o los aparatos electrónicos.

Todos devoraban cuantas publicaciones y anuncios se les ofrecían.

También, cuando salían a la calle, no miraban otra cosa más que el coche o la moto del prójimo.

A las mujeres, a menos que estuvieran como un tren, no les hacían ni caso.

Así andaban, cada uno por su lado y completamente alienados.

Aunque en el caso de las mujeres era peor porque ellas portaban sobre su cuerpo los productos de consumo alienantes.

No los utilizaban, como hacían los hombres, sino que eran utilizadas por ellos.

¡Qué horror!

Si se encontrara despierta y pensara en todos los años que había invertido en examinar con detalle prendas de vestir, desearía suicidarse.

Pero para eso estaban los sueños, para liberarnos.

Ellos eran nuestros únicos y verdaderos psicoanalistas.

Incluso Freud, dándose cuenta de ello, había tratado de apropiárselos, autoproclamándose su intérprete.

Siempre había visto en aquel hombre a un terrible opresor del género femenino, y justo aquella noche había descubierto que tenía razón.

Todo gracias a una obra de arte.

Y es que el arte representaba una verdadera religión a la que todos deberíamos consagrarnos para ser felices, liberarnos y amarnos.

Se sentía dichosa porque ya había encontrado el final para su novela.

Las pacientes del Mono Liso lo asesinarían y devorarían, convirtiéndose en Monas Lisas, como aquellas con las que sueña disfrutando desnudas del paraíso.

Miriam recibe a Momo en su casa.
Nada más despertarse le había enviado un mensaje.
En realidad no había dormido apenas.
Un par de horas, como mucho, pero se encontraba como nueva.
Tenía la sensación de acabar de renacer, y todo gracias a Leonardo da Vinci.
Incluso se diría que verdaderamente su rostro tenía cierta semejanza con la modelo del cuadro más famoso y enigmático del mundo.
De golpe, gracias a haberse convertido en artista de la noche a la mañana, todo lo veía diferente.
La vida era otra, más ancha, como un río que acaba de hacerle desembocar en un mar de nuevas inquietudes.
Ahora todo le interesaba millones de veces más que antes.
Era como si su espíritu se hubiera vuelto infinito en contacto con generaciones y generaciones de artistas.
Justo esa mañana había tenido varias revelaciones.
¡Quién decía los tiempos de Santa Teresa habían quedado atrás!
Ella misma lo creía hacía unas cuantas horas, y sin embargo todo lo que estaba experimentando le hacía sentirse una especie de mística amando con locura y devoción santos que antes no eran para ella más que imágenes vacuas.
Había pasado de ser atea del arte, a convertirse en una creyente en esa religión.
Para empezar, se había encontrado de frente con Lorca.
Miles de veces había pasado a su lado sin inmutarse.
Pues esta vez no.
Se había quedado paralizada frente a él, y entonces había comenzado a llorar.
Había corrido a abrazarlo.
Se diría que sentía su cuerpo palpar, como si se tratara de un Cristo resucitado.
Los franquistas, los intolerantes, la inquisición española, la frigidéz, la cruel ignorancia, los mismos que crucificaron a nuestro Señor, también habían segado con su ensangrentada guadaña la vida de aquel profeta.
Cuánta belleza, infinita, albergaban sus versos, preñados, como la Virgen, de verdad y bondad.
Y no sólo eso, sino que pasando por una tienda antigua de bellas artes y manualidades que tenía en el escaparate una reproducción de La maja desnuda y otra de La maja vestida, había descubierto algo singular.
Cientos de veces había pasado por allí y viéndolas, no había reparado en ello.
Sus rostros.
Goya, además de un genio, era un heredero directo del gran da Vinci.
La serenidad de la Gioconda se encontraba también en el rostro de la maja desnuda.
Su mirada, segura de sí misma, gozosa y confiada, se diría casi idéntica a la de su predecesora.
Mientras que la vestida parecía una ramera, una mujer pérfida, calculadora y a la vez temerosa, cobarde y pecadora.
Bueno, la cuestión de haber enviado un mensaje a Momo, y luego, al ver que no respondía, haberle llamado invitándole a su casa, tenía una razón.
Con ese hombre joven, modernito y artista, que trabajaba en la revista como diseñador gráfico, tenía contacto diariamente, pero nunca antes se había preocupado ni por mirarle a la cara.
Había llegado la hora de cambiar su actitud frente al género opuesto y volverse más tolerante con ellos, así que ahora, este día tan señalado, comienza a realizar su misión de apostolado artístico recibéndole en su casa.

Miriam fuma y mira ensimismada las florecillas en la blusa de una chica que había conocido esa tarde gracias a Momo.

Tanto le gustará, la camisa, que le preguntará dónde la había comprado.

Como la respuesta será que en el rastro por un euro, eso la conmocionará, haciéndole plantearse incluso dejar su trabajo furiosa por sentir que ha vendido durante más de veinte años su alma al diablo a cambio de trapos que no tenían el mínimo valor.

Finalmente lo hará.

Tardará unos meses en decidirse, casi un año.

También le costará convencerse a sí misma de que está enamorada de la chica de la camisa, Marisa, de la que no se despegará prácticamente el resto de su vida.

Llegarán incluso a mantener relaciones amorosas.

Aunque como ella querrá formar una pareja estable, más convencional dentro de lo que cabe, y su amiga se negará, pues valora demasiado la libertad, la relación no cuajará.

Gracias a ella conocerá en breve lo que significa emanciparse y ser capaz de pensar por uno mismo en función de lo que vemos, escuchamos o leemos.

Entonces, como Marisa, se volverá una persona mucho más atractiva a los ojos de los demás.

Tras superar el miedo atroz que le producía reconocer su homosexualidad, se sentirá más segura de sí misma.

Dejará de morderse las uñas, pero no de fumar.

Seguirá hasta la vejez compartiendo con su hermana un viejo piso en Huertas, pues se trata de una propiedad familiar.

Al menos, todas las penurias económicas y morales que habían soportado sus padres para comprarlo, servirán para que ella pueda dedicarse a escribir precisamente contra la hipocresía y la maldad de la vida doméstica de las parejas falsamente heterosexuales.

Gracias a todo el tiempo que ganará al dejar de invertir su energía en materias textiles, podrá salir de la tela de araña en la que las mujeres caen como moscas.

Descubrirá también el porqué.

Tras años de lecturas y reflexión, se dará cuenta de que la homosexualidad femenina reprimida ha sido empleada por el consumismo como medio de hacer desear las prendas con las que se cubren los cuerpos deseados.

Del mismo modo, la potencia de los coches compensará la impotencia y la frigidez mortal que sufren los hombres frente a las mujeres de carne y hueso.

Eso explicaría el éxito de las revistas femeninas y de la publicidad.

Llegará a la conclusión de que no necesitaba en absoluto gastarse dinero en ropa, porque eso sirve únicamente a las mujeres burguesas para mostrar a los hombres su concidión económica privilegiada, y encontrar maridos interesados en su dinero para gastárselo en coches de lujo.

La farsa representada por ambos géneros dentro de una sociedad consumista nutrida de sexualidades falsas e insatisfechas, le servirá como argumento para sus experimentos literarios.

Marisa será su maestra, por haber estudiado filología.

Le mostrará la literatura de las mujeres de la rive gauche, lesbianas declaradas sin prejuicios antes de la primera guerra mundial, y tratará de seguir su estela tras cien años de paréntesis.

Nunca olvidará aquel 15 de mayo, y muchos años después, dado que guardará como recuerdo la camisa que llevaba ese día su amiga Marisa, se encontrará fumando y observándola ensimismada.